

Cuba: la modernidad como anhelo y experiencia histórico-cultural*

MARÍA EMILIA SOTERAS Z.

Investigadora independiente, La Habana

RESUMEN

Los diferentes proyectos hegemónicos de Modernidad aplicados en Cuba tuvieron como principal paradigma modelos norteamericanos, sobre todo durante la fase genésica de la tardomodernidad (1945-1973), y fueron híbridos y especulares como resultado de la condición subdesarrollada y dependiente del capitalismo en la Isla. Para ilustrarlo, la autora en el presente trabajo refiere ejemplos y valoraciones del impacto de la cultura material y simbólico-hegemónica norteamericana, desde fines del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XX, junto a reflexiones en torno a la historia y la cultura cubanas en la etapa estudiada, tomando como referencia la cultura del entretenimiento, en particular la vida nocturna habanera de la década de 1950.

PALABRAS CLAVE: Cuba, cultura cubana, modernidad, literatura cubana, bohemia, narrativa cubana, nocturnidad.

ABSTRACT

The different hegemonic projects of modernity applied in Cuba primarily had American models as a paradigm, especially during the reproductive phase of late modernity (1945-1973), and were hybrids and mirrors as a result of the underdeveloped and dependent status of capitalism on the island. In order to illustrate it, the author in this work refers to examples and evaluations of the impact of the American material and symbolic-hegemonic culture, from the late eighteenth century until the first half of the twentieth century, together with reflections on Cuban history and culture in the stage studied, taking as a reference the culture of entertainment, particularly the Havana nightlife of the 1950s.

KEYWORDS: Cuba, Cuban culture, modernity, Cuban literature, bohemia, Cuban fiction, night time.

* Este ensayo forma parte de la tesis doctoral en Ciencias del Arte que desarrolla la autora.

LAS RELACIONES CUBA-ESTADOS UNIDOS EN EL FIEL DE LA MODERNIDAD

EN LA BÚSQUEDA de soluciones a las contradicciones coloniales de Cuba, los paradigmas fueron un punto de referencia, sobre todo el cultural que ofrecía Europa, y el material de los Estados Unidos, los cuales constituían diversas alternativas políticas y económicas para la conformación de los distintos proyectos de nación concebidos desde el reformismo, el anexionismo, el independentismo, y el autonomismo, según los intereses de clases y grupos, pero coincidentes con un anhelo de modernidad manifiesto en la sociedad colonial cubana desde finales del siglo XVIII.

Sin embargo, desde los tiempos de Thomas Jefferson y John Quincy Adams –gestor de la teoría de la “Gravitación Política” o “Doctrina de la Fruta Madura”–, fue emergiendo en la joven nación norteamericana una tendencia política que consideraba a Cuba como una extensión natural del territorio continental de los Estados Unidos. Estos objetivos geopolíticos obedecían a múltiples factores. De acuerdo con Esteban Morales, en el plano militar la Isla era el territorio más grande y próximo en su mar del sur, a la vez que constituía un puente entre Estados Unidos, el resto de las América y el Caribe. Por razones económicas, las riquezas cubanas (maderables, mineras, climáticas, pesqueras, turísticas, etc.), la convertían en una reserva estratégica para planes futuros de seguridad nacional y de expansión económica. Por eso, en las sucesivas acciones para conseguir sus propósitos, los Estados Unidos fueron desde el robo de la Isla hasta la obstaculización y destrucción de cualquier proyecto que amenazara con variar la situación colonial. Finalmente, se encargó de frustrar la independencia en 1898 al implantar en 1902 el primer experimento neocolonial norteamericano.

El citado investigador refiere que las aspiraciones por apoderarse de Cuba se situaban en medio de un triángulo conflictual cuyos vértices eran España, Inglaterra y Estados Unidos, una pugna que databa desde la segunda mitad del siglo XVIII y que se agudizó a principios del siglo XIX. Por entonces, Estados Unidos se estaba formando como nación y aún no estaba en condiciones de competir económicamente en el escenario internacional; primero debió completar la expansión hacia el oeste, hacia el sur por México, consolidarse internamente, y, posteriormente, esperar el debilitamiento de España como imperio colonial.

A finales del siglo XIX, Inglaterra había prácticamente desaparecido del escenario de la competencia por conquistarla (lo había intentado, ocupándola por once meses entre 1762 y 1763); y ya Estados Unidos era una nación industrializada, con suficiente capacidad militar y marítima para expandirse hacia el sur, y prácticamente había sustituido a España, que ya no podía sostener su régimen en la Isla, en el comercio con Cuba.

La política diseñada al respecto por Estados Unidos defendía el estatus de la Isla hasta tanto pudiese realizar sus propósitos, lo que explica el conjunto de estrategias internas, desplegadas entre 1825 y 1898, con el propósito de ir preparando su presencia dentro de la realidad cubana. Como se ha señalado, la acción fundamental estuvo en el campo de la economía, a tal punto que hacia mediados del siglo XIX ese país era el principal importador y exportador de la Isla. A través de estas relaciones económicas, la burguesía criolla y los hombres de negocios en general, incluidos muchos peninsulares, terminaron por identificar sus intereses con los de la oligarquía financiera norteamericana, deviniendo paulatinamente en clases y grupos subalternos aliados de los intereses norteamericanos en Cuba.

Los indicadores de progreso material que ostentaba la vecina nación fueron un importante estímulo para la cosmovisión no solo de la burguesía cubana sino de sectores procedentes de las clases medias y populares de la población. El ideal norteamericano comenzó a ganar adeptos a partir de 1850 y sus expresiones dominantes –modelos de vida social (patrones de estilo y de representación: el comportamiento, los gustos, la recreación), la religión, las manifestaciones artísticas, el lenguaje, etc.– resultan disímiles y contradictorias.

Las circunstancias históricas colocaron a Cuba entre los primeros receptores de la ideología y la cultura material y simbólica norteamericanas. Paradójicamente, es en el contexto de una sociedad esclavista cimentada en la plantación azucarera y enmarcada en una obsoleta política colonial donde se inscriben algunos hitos del trasvase de la cultura material de Estados Unidos –resultado del capitalismo industrial– hacia la Isla: la introducción de la energía a vapor y el inicio del servicio de vapores (con un viaje semanal de pasajeros y carga entre La Habana y Matanzas, ambos en 1819, diez años después que en Estados Unidos); la inauguración del servicio regular de vapores entre Cuba y Estados Unidos (1836); la presencia del ferrocarril en 1838 y su rápida expansión por la Isla; la introducción del telégrafo, cinco años después de haberse completado el primer sistema telegráfico de Estados Unidos (1851); la vinculación entre la terminal telegráfica de Cayo Hueso y Cuba en 1859 y la conexión posterior

con el sistema de cable del Atlántico Norte, a solo un año de concluido este proceso (1867), tecnologías que requirieron de una amplia presencia de personal calificado norteamericano en Cuba, cuya competencia contrastaba con el atraso de los oficios mecánicos españoles de entonces.

Hay que señalar que estos adelantos científico-técnicos se incorporaron, en primer término, con el propósito de hacer más eficiente la producción azucarera. La permanente innovación y renovación tecnológica en función del azúcar fue un estímulo tanto para los productores cubanos como para la dinámica de la producción industrial de punta originada en el Norte, ambos integrados a un sistema del que formaban parte no solo la transportación y las relaciones comerciales, sino también los patrones de consumo.

Este engranaje es un punto clave para introducirnos en la variedad de caminos por los que ambas economías comenzaron a forjar su hipertrofiada relación desde los inicios del siglo XIX a través de escenarios y factores diversos, como las agencias mercantiles norteamericanas, las que mediante sus compañías en Nueva Orleans, Filadelfia, New York y Boston sirvieron de entrenamiento a empleados cubanos, mientras que los abogados realizaban viajes con el propósito de actualizarse en la práctica del Derecho en Norteamérica y aprender los procedimientos legales y las leyes de los Estados Unidos cuya constitución les mostraba un modelo de democracia ideal. También los viajes de estudio (educación primaria y secundaria en escuelas públicas o privadas, religiosas y laicas, así como técnico-profesionales, y la enseñanza universitaria, incluida la posgraduada), fueron otro elemento estimulador de las necesidades de transformación y actualización requeridas por la modernidad debido, en buena medida, a la desidia en que las autoridades españolas tenían sumida a la educación pública en la Colonia.

Un importante factor de apropiación cultural mutua fue la residencia de los cubanos en los Estados Unidos. Desde mediados del siglo XIX, la emigración cubana tuvo como principal enclave el estado de la Florida; entre 1860 y 1870 los empresarios y trabajadores establecidos en la industria tabacalera fundaron alrededor de veinte compañías en Cayo Hueso,¹ durante 1880 estas se extendieron a Tampa, Ocala y Jacksonville, y algo después a Nueva Orleans, Filadelfia, Wilmington y Nueva York. Estos trabajadores fueron uno de los pilares del movimiento independentista y del Partido Revolucionario Cubano fundado en 1891 por José Martí.

1. Louis A. Pérez Jr., *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2007), 57.

A partir de 1868 –durante la Guerra de los Diez Años y a tenor de los cambios políticos, económicos y sociales operados en la Isla luego del Pacto del Zanjón en 1878– muchos cubanos emigraron a Estados Unidos, principalmente a Nueva York. Esa emigración, de sesgo eminentemente económico y político, diversa en su composición social, étnica, de género, edades, y motivaciones, se enfrentó al proceso de desarrollo de la cultura de mercado norteamericana, fomentada entre 1865-1900, y fueron portadores de ella en diferentes grados a su regreso a Cuba.

Para esa fecha, Estados Unidos era el principal mercado de las exportaciones cubanas y primera fuente de las importaciones extranjeras; sus productos eran situados con rapidez en el país y distribuidos prácticamente en todos los puertos de la Isla gracias a las posibilidades de las comunicaciones por cable con los suministradores en Norteamérica, elementos que permiten entender por qué el mito de que el bienestar estaba en correspondencia con el consumo y, consecuentemente, con el progreso, contaba con adeptos en nuestro medio.²

En 1898 los Estados Unidos intervinieron en la guerra que había estallado en 1895, convirtiéndose nuestra última guerra de independencia en la Guerra Hispano-Americana, la primera guerra imperialista de la historia. Con el Tratado de París de 1898 se alcanzó la independencia de Cuba respecto a España y, en medio del desconcierto general de los cubanos, Estados Unidos aplicó de inmediato el plan largamente acariciado de apoderarse política, económica y militarmente de la Isla. Estados Unidos, conformado como imperio entre finales del siglo XIX y principios del XX, estaba en condiciones de formular una política imperial a partir de una concepción geopolítica en el ámbito internacional que tuvo muy en cuenta la creación de alianzas con grupos subalternos de poder, en primera instancia con las oligarquías nativas, para ejercer un efectivo control en la economía y en la cultura. Cuba libre era ya una utopía.

El desmontaje de la dominación colonial española se llevó a cabo paralelamente con un proyecto de transformación institucional de la sociedad cubana, que seguía el patrón de “modernidad” y “progreso” diseñado por las autoridades militares norteamericanas. Una reestructuración de las institu-

2. *Ibíd.*, 72-6, y siguientes. En *José Martí y la novela de la cultura cubana*, Ana Cairo analiza diferentes miradas a los Estados Unidos por intelectuales cubanos del siglo XIX y de las primeras tres décadas del XX. Véase bibliografía.

ciones y las prácticas sociales que era, al mismo tiempo, requisito inevitable de la modernización de la sociedad, y en su conjunto, la puesta en práctica de un proyecto de dominación neocolonial.³

La disolución del Ejército Libertador, la realización del censo de población en 1899, el saneamiento de la Isla, y la norteamericanización de la enseñanza, estuvieron entre las primeras medidas tomadas por los ocupantes para garantizar su base de despegue en Cuba.

Poco divulgado es el hecho de que las autoridades interventoras no solo se adueñaron de los ingresos públicos sino que se negaron a conceder préstamos a los grandes y pequeños propietarios urbanos y agrícolas, en su inmensa mayoría partidarios de la independencia, que habían quedado arruinados por las confiscaciones de sus bienes por parte de las autoridades coloniales y los efectos de la guerra. Ante la ausencia de recursos y declarados insolventes, los dueños remataban sus propiedades muy por debajo de su valor para festín de los usureros, los oportunistas y de las autoridades del Gobierno Interventor. Esta situación, coincidente con la crisis económica experimentada en Estados Unidos a mediados de la década de 1890, convirtió a la Isla en una nueva tierra de promisión. Miles de norteamericanos de todas las clases y condiciones llegaron a Cuba en busca de oportunidades de trabajo y de licitaciones provechosas, tanto legales como fraudulentas, para invertir en el país y, sobre todo, en La Habana.

El negocio de bienes raíces se inició en Cuba el mismo año de 1898 con la apertura de la firma J. E. Barlow y Compañía, principal agente de compra en el sector urbano del Gobierno de los Estados Unidos, aunque la especulación se extendió a los campos con el propósito de hacer bajas ofertas a los propietarios arruinados. Este es uno de los factores que explica la insistencia de los Estados Unidos en la aprobación del Tratado de Reciprocidad Comercial (1903)⁴ por el gobierno de Estrada Palma, un tratado concebido, en apariencia, para beneficio de los agricultores cubanos porque disminuía los aranceles a los productos agrícolas importados desde la Isla en un 20%, pero que en la práctica obedecía, entre otros planes, al fomento de

3. Marial Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902* (La Habana, Ediciones UNIÓN, 2010), 15.

4. Es una historia conocida la imposición de la Enmienda Platt a la Constitución de la recién instaurada República en 1902, la cual otorgaba jurídicamente a Estados Unidos el derecho a intervenir militarmente en Cuba.

la especulación inmobiliaria y la adquisición de tierras cubanas por parte de norteamericanos.

El amplio plan de obras públicas emprendido por el Gobierno Interventor en la capital estuvo encaminado a facilitar la infraestructura necesaria para los nuevos proyectos modernizadores con el fin de hacer más eficiente el primer experimento neocolonial estadounidense. De acuerdo con el criterio de que *ciudad* era sinónimo de *progreso y civilización*, La Habana debía recuperar su prosperidad, pero también *tenía que parecerlo*. Desde 1898 se procedió a la reparación y construcción de edificios públicos, calles y avenidas; del sistema de acueductos y alcantarillado y de energía (se colocaron luces adicionales), además de que se introdujeron en las nuevas casas novedades como los baños “intercalados” y el servicio de agua fría y caliente. También tuvo lugar un incremento de las comunicaciones, entre ellas las telefónicas y telegráficas, y en 1910 La Habana fue la ciudad pionera en la instalación del sistema telefónico automático sobre una base de llamadas múltiples a nivel mundial.

El completamiento de la red de tranvías se realizó a través de la Havana Electric Railway Light and Power Company. La modernización del transporte tuvo impactos en el desarrollo urbanístico y el perfil demográfico de la ciudad; repercutió en el alza del valor de las propiedades y en el auge del negocio de bienes raíces, como sucedió con el residencial El Vedado, que favoreció no solo a la alta burguesía sino también a determinados sectores de la clase media con el consiguiente cambio de estatus. Por ejemplo, los viales que vinculaban el centro de La Habana con la periferia de entonces mediante dos vías: desde la entrada de la bahía hacia el oeste hasta el río Almendares atravesando El Vedado, y desde el sector noroeste de la ciudad hacia el sur, pasando por El Cerro y Jesús del Monte, posibilitaron la conexión Vedado-Miramar, ya iniciada con los servicios de tranvía, lo que benefició a las más elitistas instalaciones recreativas de la burguesía: Havana Yacht Club, fundado en 1886, Vedado Tennis Club (1902), Country Club de La Habana (1911), y en la década del 20 el Casino de la Playa, el Havana Biltmore y el Miramar Yacht Club. Facilitó, además, la urbanización de la playa de Marianao, la construcción del parque de diversiones Coney Island Park, y en el área costera el balneario de La Concha, sitio público preferido de los bañistas durante décadas y cuna del afamado *cocktail* “mojito criollo”.

El personal técnico calificado y buena parte de la mano de obra empleada en todas estas obras fue norteamericano. Este incremento de personal estadounidense contribuyó a ampliar otras esferas de servicios (hospitales,

compañías de seguro, bancos, firmas de abogados y la presencia de la prensa en inglés), y requirió de la existencia de un mercado sistemáticamente abastecido para garantizar las necesidades de esta población. Establecimientos que antecedieron a los *grocerys* inaugurados en los años 50 y, sobre todo, los comercios detallistas, se cuentan entre las principales vías de continuidad de la difusión de la cultura material de los Estados Unidos en Cuba, a través de los cuales se produjo una amplia transferencia de bienes y servicios que abarcaban desde los alimentos hasta los salones de belleza, cuya tecnología de avanzada venía con representaciones exclusivas.

La publicidad, instrumentada a partir de paradigmas norteamericanos, también desempeñó un papel fundamental en la construcción de esa modernidad cubana. Importantes firmas publicitarias estadounidenses se establecieron en La Habana tan pronto terminó el dominio español; el incremento de su presencia se produjo en proporción directa a la expansión del comercio y los cubanos fueron insertados en el engranaje de la creciente cultura de masas sobre las mismas bases y patrones puestos en práctica en los Estados Unidos, en cuya población ya se había probado su eficacia. A tal punto Cuba se vinculó a las estrategias de mercadeo de las empresas del Norte, que el agregado comercial de la Embajada de Estados Unidos en Cuba afirmaba en 1955 que “las técnicas de venta en Cuba son, en gran medida, idénticas a esas que utilizamos en los Estados Unidos [...] Los medios de publicidad son idénticos, excepto que son en español en lugar de inglés”.⁵

Tomando en cuenta el hecho de que la identidad nacional, lejos de ser una expresión homogénea es “un proceso complejo, de articulación de preferencias, plural y en permanente conflicto [...] que sintetiza los modos, a menudo contradictorios y en incesante creación y recreación, en que los grupos sociales imaginan sus relaciones dentro de una comunidad política y territorialmente definida: la nación”,⁶ durante el tránsito de la Colonia a la República y primeras décadas del siglo XX la mediación económica, política y cultural norteamericana propició una mayor influencia de su cultura material lo que incidió en el ritmo de la vida cotidiana de la ciudad y en la apropiación de hábitos y costumbres exógenas en un tiempo relativamente breve, tanto entre las capas pudientes de la sociedad como en los estratos medios y populares de la población.

5. Pérez Jr., *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, 429.

6. Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio...*, 22.

En este contexto se ubica el despegue de la cultura del ocio y el entretenimiento como parte de una gran línea de inversión, desarrollada entre 1878-1895 con capital mayoritariamente español, que privilegió los servicios públicos y los centros de recreación y de espectáculos con el fin de diversificar las opciones de la vida habanera, en particular la nocturna. Se vio estimulada, además, por el gran negocio de terrenos que constituyó la urbanización del barrio de Las Murallas,⁷ y la presencia, cada vez mayor, de hombres de negocios y visitantes, principalmente norteamericanos.

El turismo norteamericano hacia La Habana data del siglo XIX, pero su momento de auge se produjo en el siglo XX. En 1914 se fundó la Cuban Commercial Association integrada por representantes de los sectores ferroviarios, navieros, hoteleros y comerciantes con el propósito de atraer visitantes a la Isla; y en 1919, por expreso interés de los hombres de negocios estadounidenses establecidos en Cuba, el gobierno del presidente Mario García-Menocal creó la Comisión Nacional de Turismo. Ese flujo turístico hacia Cuba obedeció tanto a factores externos (el estallido de la Primera Guerra Mundial contrajo el mercado europeo) como internos de los Estados Unidos: el clima de prosperidad y crecimiento económico que tuvo lugar luego de la contienda europea que incentivó el gusto por los viajes como forma de emplear el tiempo libre y las vacaciones; el despegue vertiginoso del transporte ferroviario y naviero experimentado en ese país, a lo que se suma el inicio de la aviación comercial entre Cayo Hueso y La Habana (1921) y, posteriormente, desde otras ciudades estadounidenses hacia nuestro país.

Otros elementos, como las prohibiciones del consumo de bebidas alcohólicas en toda la Unión por la Ley Volstead o Ley Seca, aprobada en 1910 y mantenida en vigor hasta 1933, o de las apuestas en las carreras de caballos en los estados de Nueva York, California y Louisiana alrededor de esa fecha, fueron poderosos estímulos que atrajeron a los norteamericanos hacia un país donde no existían esas limitaciones y que estaba más cercano geográficamente, además de poseer un agradable clima durante casi todo el año, una infraestructura de calidad y ofertas muy tentadoras para todos los segmentos de mercado, con el atractivo permanente de una ciudad que combinaba tradición y modernidad.

7. Véase Carlos Venegas Fornias, *La urbanización de las Murallas: dependencia y modernidad* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1990), 90.

Dados los estrechos vínculos existentes entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos, los visitantes norteamericanos disfrutaban de privilegios que no poseían otros extranjeros. Un testimonio de fines de los 40 era explícito al afirmar que el turista norteamericano,

[...] puede emborracharse y ponerse bullicioso [...] puede cometer cualquier pequeña ofensa y la policía regular no lo tocará. Ellos lo dirigirán a la policía turística cuyos miembros [...] lo llevarán, de ser necesario, a su precinto, lo espabilarán y lo guiarán a su hotel sin formularle acusaciones [...] La policía turística lo ayudarán en cualquier discusión o pelea, sin escuchar al cubano parte en el incidente.⁸

El desarrollo de la infraestructura turística cubana consideró entre sus prioridades satisfacer las necesidades y exigencias de los visitantes norteamericanos. Así surgió el Gran Casino Nacional, valorado en su momento como un modelo de la moderna vida nocturna, que contaba, entre sus múltiples atractivos, con un casino de juego que, rápidamente, sentó plaza en todo el continente. Fue adquirido por la mafia norteamericana en 1934 a un costo de 150.000 dólares.

Debido a la proliferación de clubes nocturnos, cabarés y hoteles que tenían excelentes condiciones para ofrecer espectáculos artísticos, se modificaron los formatos de la oferta de estos centros para hacerlas más atractivas, actuales y cosmopolitas, y aunque se propició la contratación de artistas norteamericanos, sobre todo músicos y parejas de baile para satisfacción y familiarización del público extranjero, también se dio espacio privilegiado al talento de artistas del patio.

Ante la necesidad de multiplicar las opciones recreativas se incrementó el número de hoteles, casas de huéspedes, restaurantes, teatros, clubes campestres, bares, etc. Los antecedentes de los actuales *night clubs* y cabarés datan de fines del XIX, cuando apareció el café cantante, un sitio considerado como de proliferación de malas costumbres, en el que se disfrutaba de música, canciones, chistes y se disponía de un salón de billar. Para inicios del siglo XX, en los lugares de “buen tono” y junto a las tradicionales manifestaciones madrileñas y francesas, comenzaron a aparecer nuevos síntomas de Modernidad a través de la adopción de estilos norteamericanos en la organización de los

8. Pérez Jr., *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, 257.

servicios, la oferta gastronómica y de bebidas y licores, lo que incidió en la segmentación de la clientela.

Ciro Bianchi refiere que la guía turística de la Asociación de Comerciantes de La Habana correspondiente a 1926 da cuenta de la existencia de treinta hoteles, entre ellos Ambos Mundos, Florida, Inglaterra, Telégrafo, Sevilla, Plaza, y Saratoga con los famosos Aires Libres junto al bar-restaurant Floridita, todos situados en una zona de un amplio movimiento turístico. El 30 de diciembre de 1930 se inauguró el Hotel Nacional, uno de los más importantes de su categoría en el continente.

Para los sectores populares urbanos quedaban alternativas más modestas: las bodegas, los bares y los cafés, los cuales constituyeron importantes espacios de socialización. El café, en particular, propició una nota de tradicionalismo y confort al entorno habanero y contribuyó a la ampliación de las esferas del comercio y los servicios públicos hacia las calles de Galiano y San Rafael.

Esas calles y las aledañas las ocupaban establecimientos de diversa índole. Junto a los ya citados cafés, surgieron restaurantes, cafeterías, tiendas de ropa, de confecciones, peleterías, sederías y otras –grandes y pequeñas–, de cubanos, españoles, judíos, libaneses, sirios, polacos, que desplazaron a la calle Muralla de su preeminencia. Ir de tiendas a El Encanto o Fin de Siglo se convirtió en un itinerario de grato entretenimiento y hasta un hábito para los habaneros, aunque solo fuera para mirar las vidrieras al estilo del *window shopping* norteamericano, sobre todo las de El Encanto, en cuyo frente estaba situado el Ten Cent, sucursal de Woolwoth, otra puerta abierta al modo de vida de los vecinos del Norte.

El cine, introducido en Cuba en 1897, fue una de las principales actividades de socialización de los cubanos. Hacia 1920, La Habana contaba con más de cuarenta cines, cuya capacidad era aproximadamente de 26.000 asientos para una población de 500.000 habitantes, y las salas cinematográficas se habían extendido a alrededor de cincuenta ciudades del interior del país. Entre 1930 y 1950 las instalaciones y la cifra de espectadores se incrementaron notablemente, a la par que los filmes norteamericanos monopolizaban la preferencia del público en los circuitos de exhibición.

[...] en 1955, distribuidas por toda la Isla había cerca de 550 [salas de cine], con una capacidad de lunetas para 750.000 espectadores. Más de 500.000 personas asistían a la semana, lo que significaba más de 92 millones de dólares anuales. Tal vez tanto como 200 salas adicionales, equipadas en su mayoría con equipos de 16 milímetros, con una capacidad de lunetas

de cerca de 40.000, funcionaban estacionalmente en los centrales azucareros, plantaciones de arroz, vegas de tabacos y fincas cafetaleras [...]. Los clubes sociales privados y los liceos también crearon sus salas de cine.⁹

El mercado cinematográfico, dominado por distribuidoras norteamericanas, ofrecía propuestas filmicas que mostraban una visión idealizada y supuestamente verídica de la historia y del presente norteamericano, estimulaba la imaginación de los espectadores y les proponía nuevos códigos de conducta moral y modelos psicológicos; y también, como parte de una cultura de masas, tenía el poder de servir a las estrategias instrumentadas por los centros hegemónicos tendientes a la estandarización de gustos, patrones y hábitos foráneos en la población cubana. Las producciones cinematográficas imponían estilos del vestir y del diseño del hogar, y a través de la pantalla se informaba al público acerca de la utilidad de los bienes de consumo (mobiliario, efectos electrodomésticos, utensilios de cocina, productos de higiene y limpieza, etc.) que proyectaban un ideal de vida inalcanzable para la mayoría de los cubanos.

El cine, integrado al engranaje de la cultura del ocio y el entretenimiento, fue conscientemente manipulado desde Estados Unidos para inducir a la adopción de nuevas formas de autorrepresentación en la población cubana. Los cambios que tenían lugar en la esfera del consumo desde fines de los 40 y durante los 50, etapa de gestación de la tardomodernidad, ya habían comprobado su eficacia en Norteamérica como mecanismo de manipulación ideológica y cultural y llegaron simultáneamente a Cuba a través de los códigos de los guiones cinematográficos y de las imágenes y *jingles* de los anuncios publicitarios, los que con frecuencia se hacían con ritmos de sones y guarachas, como recuerdan los anuncios de las líneas de productos de la Colgate-Palmolive y las promociones de la cerveza Cristal.

De este modo se fue intensificando el proceso de inserción de Cuba en la cultura de masas según los paradigmas norteamericanos, adquiriendo un carácter y contenido “espectacular”. Ello parece confirmar el criterio de Guy Debord, al afirmar que la primera fase de la dominación de la economía sobre la vida social produjo en la definición de toda realización humana una evidente degradación del *ser* en *tener*, y luego, por los resultados acumulados de la economía, tuvo lugar un desplazamiento del *tener* hacia el *parecer*, “del cual todo

9. *Ibíd.*, 400.

‘tener efectivo debe obtener su prestigio inmediato y su función última’”,¹⁰ aspecto que constituye uno de los rasgos de la globalización cultural actual.

En *Las empresas de Cuba 1958*, Guillermo Jiménez ilustra el deforme y desigual movimiento organizativo, comercial y financiero cubano –donde predominaba la industria azucarera con una marcada tendencia excluyente a la convivencia con otras ramas de la economía, salvo la actividad bancaria y crediticia y el gran comercio importador– en el que se conjugaban intereses políticos y económicos nativos con la decisiva participación e influencia de los Estados Unidos. Sin embargo, para esa fecha operaban en Cuba cincuenta y tres grandes empresas de prensa y publicidad (quince de cine, radio y televisión, veintiún de periódicos y revistas y diecisiete publicitarias), diecinueve grandes empresas de restaurantes y cafeterías, setenta y ocho de turismo (incluidos dieciséis centros de diversión, doce de cines y teatros, cincuenta de hoteles y moteles), y sesenta y tres de transporte.¹¹

LA HABANA DE LOS AÑOS 50

“Puesto que la ciudad era el espacio donde se ejercía la *ciudadanía*, Platón pudo llamar a su imaginada República una ‘ciudad ordenada’ ”,¹² señala Ambrosio Fornet. Y ello bien podría aplicarse a La Habana de los 50 como imagen a ofrecer a los visitantes si no existieran estadísticas que evidencian que el precepto platónico referido al ordenamiento social no tenía nada que ver con la realidad cubana de entonces, la cual llevaba en sí los gérmenes de su propia decadencia. Para fines de la década del 50, Cuba sobrepasaba los seis millones de habitantes¹³ y si bien los problemas económicos eran acuciantes

10. Guy Debord, *La sociedad del espectáculo* (La Habana: Ediciones Naufragio, Santiago de Chile, 1995), 13.

11. Véase la relación de estas empresas en Guillermo Jiménez, *Las empresas de Cuba 1958* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2008), 685-691. El autor solo incluye las de mayor peso económico.

12. Ambrosio Fornet, *Narrar la nación* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2009), 80.

13. Cfr. Oscar Zanetti Lecuona, “La sociedad cubana en el ocaso de la república burguesa”, en *La República: notas sobre economía y sociedad* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2006), 164. De acuerdo con datos del censo electoral de 1953, existía un 23,6% de analfabetismo; el 50% de los niños en edad escolar no asistían a clases por falta de escuelas, y solo llegaba a 5o. grado el 8% de los que iniciaban los estudios en la escuela pública. El 4% de los jóvenes entre 20 y 25 años estudiaba en Universidades y había 10.000 maestros desempleados. En 1957 existía un 34,8% de desempleo total o parcial;

(recuérdese el análisis de la situación cubana en *La historia me absolverá*), la crisis mayor estaba en el nivel de las políticas de enfrentamiento a la situación, y en cómo se observaban las soluciones.

Para 1958 La Habana metropolitana contaba con 1'272.300 habitantes (más de la quinta parte de la población del país) y en servicios de salud había un médico cada 411 habitantes. La capital concentraba el 64% de los ingresos salariales, con un desnivel que se acentuaba de año en año, y aportaba el 52,8% de la producción industrial nacional. La gran urbe era fundamentalmente consumidora: absorbía el 35% del comercio interior y el 49% de los servicios comercializables, contaba con un teléfono por cada veintiocho habitantes (cerca de 150.000 brindaban servicios en toda la Isla), y poseía la mayor cantidad de radios y telerreceptores. La televisión se había inaugurado en 1950, y para mediados de la década Cuba superaba a Francia en el *per cápita* de esos equipos a través de los cuales se generaba la más creciente mercantilización de la vida cotidiana.¹⁴

De acuerdo con Guillermo Jiménez, los comercios minoristas (bodegas, carnicerías, puestos de frutas, etc.) ascendían en La Habana a 6.500, mientras que había alrededor de 700¹⁵ pequeños restaurantes, cafeterías, fondas, bares, sin contar los principales restaurantes y cafeterías, propiedad de diecinueve compañías, y las importantes tiendas por departamentos pertenecientes a treinta grandes empresas, ubicados preferentemente en las zonas cercanas al Parque Central y El Vedado.

Las veintiún empresas que operaban en el sector automotriz estaban establecidas en la capital, donde circulaba la mayor parte de los 200.000 automóviles que existían en el país. Desde su llegada a Cuba en 1899, el automóvil significó un importante acercamiento a la modernidad entre los cubanos, un símbolo de progreso que desempeñaba un destacado papel en la autorrepresentación individual. Los automóviles norteamericanos, que gozaban de las preferencias arancelarias y la mayor aceptación en la población, se promocionaban bajo el eslogan: “un producto para cada presupuesto, un modelo para cada gusto”.

el salario promedio del 62% de las personas con empleo era inferior a \$75. Véase: “La crisis permanente de la economía cubana y el empeoramiento de las condiciones de vida de las masas populares”, en *Selección de lecturas de Historia de Cuba*, tomo II, 49-118.

14. *Ibid.*, 153 y s. Véase Josefa Bracero, *Televisión, ¿ángel o demonio?* (La Habana: Ediciones en Vivo, ICRT, 2012).

15. Jiménez, *Las empresas de Cuba 1958*, 7.

[...] La Chevrolet y la Ford dominaron el mercado cubano; representaban el 35% del total de ventas de carros nuevos en la década de 1950. También eran populares los Buick, Oldsmobiles, Plymouths y Cadillacs. Los Cadillac eran especialmente atractivos [...] en la década de 1950. La Habana podía reclamar el mayor número de Cadillas [*sic*] per cápita que cualquier ciudad del mundo.¹⁶

Estas consideraciones que evidencian un “estar al día” de acuerdo con los cánones de la moda o el simulacro dentro de lo real, confirman que “el espectáculo es el discurso ininterrumpido que el orden presente hace sobre sí mismo, su monólogo elogioso”¹⁷ en tanto espacio referencial para la aplicación de las estrategias del campo del poder. En este contexto se inserta el Plan de Obras Públicas de Fulgencio Batista.

Como se conoce, la construcción de edificaciones públicas fue una de las acciones puestas en práctica por el dictador para eliminar el desempleo y estimular el crecimiento económico del país como parte del Plan de Desarrollo Económico y Social y la llamada “Política de Gastos Compensatorios”. Algunas de las principales obras ejecutadas fueron la ampliación del Malecón (desde la Avenida de los Presidentes en el Vedado hasta La Puntilla, a la entrada de Miramar); la construcción de algunas carreteras, calles y avenidas (la Monumental y la avenida 31); la construcción de túneles –Línea, 5a. Avenida y de la Bahía de La Habana, este último a un costo de 35 millones de pesos–; y el financiamiento de hoteles de lujo (Havana Hilton y Havana Riviera), proyectos en los que se habían invertido doce millones de pesos. Las obras se sobrevaloraron, según el Tribunal de Cuentas, en un 39%, repartido entre funcionarios y empresas norteamericanas. Solo las construcciones financiadas por el Banco de Desarrollo Económico y Social (BANDES) malversaron 58 millones.¹⁸

Al respecto, señala Oscar Pino Santos que durante la etapa 1952-1958, el batistato manipuló más de \$3 mil millones obtenidos por la vía de las recaudaciones, las emisiones de valores públicos y la elevación de la deuda pública. De esta última, “el 60% [...] se aplicó a la realización de obras públicas suntuarias y erogaciones militares, perfectamente improductivas, y pagadas a precio de oro”¹⁹

16. Pérez Jr., *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, 473.

17. Debord, *La sociedad del espectáculo*, 14.

18. “La crisis permanente de la economía cubana...”, 49-118.

19. Óscar Pinos Santos, “El 10 de marzo o el vandalismo y la irresponsabilidad financiera en el poder”, en *Los años 50: En una Cuba que algunos añoran, otros no quieren ni recordar y los*

que permitieron el enriquecimiento de contratistas y funcionarios corruptos.

El incentivo del turismo masivo proveniente de Estados Unidos enmascaraba buena parte de estas acciones y se articulaba a poderosos intereses foráneos. Desde fines de la Ley Seca, Meyer Lansky, entonces *consigliere* del *capo* Charles *Lucky* Luciano, acariciaba la idea, pospuesta por la Guerra Civil Española (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), de convertir a Cuba en un paraíso del juego y el tráfico de drogas, pero para ello era necesario la creación de una moderna industria hotelera y una sólida infraestructura, no solo en La Habana, sino en cualquier lugar del país que poseyera condiciones apropiadas. En diciembre de 1950 ya había comenzado la construcción del Hotel Internacional de Varadero habilitado con un casino que fue inaugurado en 1951.

En 1952 funcionaban en la capital veintinueve hoteles con 3.118 habitaciones y no todos contaban con suficiente calidad para asumir un turismo de primer nivel. Pero al finalizar la década, ya prestaban servicio los hoteles Vedado, St. John's, Comodoro, Colina, Lido, Rosita de Hornedo, Caribbean, Siboney, Habana Deauville, Capri, Havana Riviera y Havana Hilton principalmente, los cuales elevaron la capacidad de la planta habitacional a 5.438 habitaciones.

Para asumir esta red hotelera fue necesario implementar un conjunto de bancos privados y compañías tapaderas. A inicios de 1952 se creó Hoteles Montecarlo S.A.,²⁰ entidad responsable de parte del plan de desarrollo turístico en el archipiélago cubano. Luego del golpe de Estado de Fulgencio Batista ocurrido en marzo de ese año, se inauguraron los casinos de los hoteles Plaza, Comodoro Yacht Club –uno de los más importantes operados por la mafia–, Copacabana Yacht Club, y del cabaré Tropicana. La mafia estadounidense en Cuba realizó operaciones financieras fraudulentas para lograr sus fines en contubernio con la camarilla político-militar batistiana, como la conversión del Banco Internacional de La Habana en el Banco Atlántico S.A., presidido por Amadeo Barletta,²¹ con el propósito de utilizarlo en compañías “tapaderas” para eludir impuestos lo que junto al lavado de dinero garantizaba contar con suficiente capital para las inversiones.

más desconocen, fotos Raúl Corrales (La Habana: Instituto Cubano del Libro, 2001), 354-5.

20. Véase, G. Jiménez, *Las empresas de Cuba*, 360. El presidente de la Junta Directiva era Frank Sinatra. El autor ofrece datos interesantes sobre el resto de los miembros de la Junta y sus relaciones con el gobierno de Batista.

21. Véanse datos sobre este personaje, cuyos vínculos con Benito Mussolini eran conocidos, en G. Jiménez, *Los propietarios de Cuba*, 52-3.

Batista dispuso librar de todo tipo de aranceles a los materiales empleados en la construcción de esos inmuebles con el propósito de que los hoteles cuya inversión fuera superior al millón de dólares, o contaran con más de cien habitaciones, obtuvieran automáticamente la licencia oficial para explotar un casino con un irrisorio impuesto de 25.000 dólares. La “autorización oficial” rondaba los 100.000 pesos y los principales beneficiarios de esas ganancias fueron, además del general, su cuñado, el también general Roberto Fernández Miranda, regente del negocio de las máquinas de traganiquesles o “ladronas de un solo brazo”. Además de las instituciones financieras se crearon modernas zonas francas, bases de operaciones de transporte aéreo, la terminal de helicópteros de La Habana Vieja para trasladar a los turistas, y obras marítimas y terrestres que se incorporaron al Plan de Obras Públicas de Batista. El proyecto se calcula en 320 millones de pesos cubanos, moneda que en aquellos momentos tenía un valor de dos puntos sobre el dólar.²²

Aún sin poseer la infraestructura concebida, el turismo proveniente de Estados Unidos, Canadá y México se incrementó en la capital cubana, incentivado por la atracción del juego de azar en los casinos, la lotería, la bolita, el bingo, las máquinas tragamonedas, las carreras de caballos y de perros, el *jai alai*,²³ y las peleas de gallo y de boxeo.²⁴ En 1958 existían en La Habana, además de la Renta de Lotería, 14.910 vidrieras de apuntaciones, un hipódromo,²⁵ un cinódromo,²⁶ doce casinos, cincuenta salas traganiquesles, y se jugaba anualmente un promedio de más de 256 millones de pesos.²⁷

Para operar estas instalaciones existían escuelas radicadas en los edificios Retiro Odontológico y Ambar Motors, en el cabaré Montmartre y en el Hotel Plaza, encaminadas a la preparación del personal apropiado, o sea, los futuros *deelers*, *gurrupiés*, y “palas”, que bien entrenados en el *póker*, *black jack*, siete y

22. Cfr. William Gálvez, *Otro jinete apocalíptico. Una historia novelada de la mafia de EE. UU. en Cuba* (La Habana: Ediciones UNION, 2003), y Enrique Cirules, *El imperio en La Habana* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1999).

23. El *jai alai* o pelota vasca fue un deporte muy popular en La Habana hasta la década de 1950.

24. El boxeo profesional llegó a Cuba durante la primera (1899-1902) y segunda (1906-1909) ocupación norteamericana a través de exhibiciones de peleas profesionales efectuadas entre los soldados estadounidenses.

25. La pista de carreras *Oriental Park* de Marianao fue inaugurada en 1915 y estaba considerada como la mejor del continente americano.

26. El Cinódromo fue construido en 1951 a un costo de 500.000 pesos y era operado por Havana Greyhound Kennel Club, empresa con más de trescientos trabajadores.

27. “La crisis permanente de la economía cubana...”, 49-118.

media, bacará, ruleta, etc., luego podrían llevar su experiencia a otros países de América Latina. Según datos de 1958 ofrecidos por el entonces Consejo Nacional de Economía, el juego era fuente de empleo para 26.710 personas, cifra mayor que la de todos los trabajadores de la industria textil y de confecciones.²⁸ Meyer Lansky solía decir: “como había desempleo en la Isla, pensé que podía hacer algo por mi amigo Batista [...] los jóvenes eran de bajo nivel escolar; para mí hubiera sido más fácil traer americanos, pero lo hice como un experimento social”.²⁹

Aunque presente desde el período colonial, la droga tomó auge en Cuba gracias a la corrupción imperante a lo largo de los primeros cincuenta y siete años republicanos. Si en 1916 el consumo de drogas en la capital era reseñado con alarma por el *Havana Post* al afirmar que “el mal uso del opio y, la heroína y la morfina y otras drogas dañinas, eran casi desconocidas aquí hace unos años [...], ahora está creciendo rápidamente y el Estado tendrá que adoptar medidas urgentes para frenar este hábito destructivo”,³⁰ en los 50, a la condición de Paraíso Tropical con que era promovida, se le añadió la fama de ser una “extraordinaria ciudad [donde] todo vicio era permitido y todo comercio es posible”.³¹ La prostitución y pornografía formaban parte de la oferta turística, y los burdeles de mayor categoría estaban al servicio de personajes del gobierno y la mafia, entre ellos la cadena de casas de Marina, que irradiaba sus servicios a los hoteles y casinos.

Paralelamente, y motivados por inquietudes diferentes, nuevos signos de la modernidad comenzaron a manifestarse en el perfil urbano capitalino con la aparición de un nuevo centro cultural y comercial. Señala Roberto Segre:

La efervescencia constructiva en la década del cincuenta permite la concreción de algunas experiencias positivas [...] la aplicación generalizada de los códigos del Movimiento Moderno no escapa de las fuertes influencias que ejercen los Maestros que operan en los centros metropolitanos de Europa y Norteamérica. Solo un grupo reducido de profesionales jóvenes, tienden a identificarse con los logros alcanzados en América Latina en la búsqueda de una identidad cultural nacional que refleje con mayor autenticidad los propios valores arquitectónicos y que al mismo tiempo estos se vinculen a soluciones reales, acorde a las necesidades sociales. La presión del capital extranjero, los estrechos vínculos de la burguesía local con los intereses norteamericanos, la proliferación de nuevos temas funcionales demanda-

28. Véase Zanetti Lecuona, *La República: notas sobre economía y sociedad*, 165-6.

29. Citado por Gálvez, en *Otro jinete apocalíptico...*, 379.

30. *Ibid.*

31. Graham Greene, *Ways of Scape* (New York, 1980), 248, *Apud*, L. A. Pérez Jr., *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, 263.

dos por el turismo y los requerimientos de la clase dominante, dejan escaso margen a una elaboración proyectual que vaya más allá de las modas estilísticas o de superficiales e imitativas configuraciones arquitectónicas.³²

En 1954, los terrenos de la manzana comprendida entre las calles 23 y 21, L y K, fueron vendidos a una compañía constructora en 300.000 pesos, de 7.000 que costaron en 1886.³³ Más abajo se encontraba La Rampa, llamada así por su acentuada inclinación. En 1947 se había inaugurado el cine Warner/CMQ, un conjunto de estructura polifuncional (cine, estudios de radio y televisión, centro comercial y oficinas) con una proyección dinámica a escala urbana indicador de un quehacer arquitectónico novedoso que superó la monumentalidad clásica de la mayoría de las construcciones realizadas posteriormente por el gobierno de Batista. Poco tiempo después, y en esa misma línea, se construyó el edificio Ambar Motors (actual Ministerio de Comercio Exterior e Inversiones Extranjeras), destinado a oficinas y gerencia de los distribuidores en Cuba de los automóviles Cadillac, Oldsmobile y Chevrolet, además de funcionar como sede de los estudios del Canal 12 de televisión y de una escuela de *dealers* para casinos de juego.

Fueron esos inmuebles, situados en los dos extremos de La Rampa y en aceras opuestas, los que motivaron desarrollar la zona con una arquitectura moderna con espacios de gran interés y calidad plástica.³⁴ En menos de diez años se construyeron allí edificios para viviendas, comercios, oficinas, agencias de publicidad y lugares de esparcimiento. Se dice que una de las formas de medir la actividad comercial de una zona es por el número de agencias bancarias establecidas en ella: funcionaban no menos de ocho oficinas centrales y sucursales de bancos, mientras que otras tres que no alcanzaron espacio se establecieron en las inmediaciones. “La Rampa fue también el milagro del comercio habanero, porque la gente se había acostumbrado a salir de compras por calles sustancialmente planas y cuyos portales la protegían del sol y de la lluvia. Nada de eso había en La Rampa y aun así se impuso”.³⁵

32. Roberto Segre, *Arquitectura y urbanismo de la Revolución Cubana* (La Habana: Editorial Pueblo y Educación), 17-8.

33. Ciro Bianchi Ros, “Coppelia”, *Juventud Rebelde* (La Habana, 17 de agosto de 2008): 9.

34. Véase entrevista a Nicolás Quintana, *Encuentro de la cultura cubana. Homenaje a Nicolás Quintana*, No. 19 (La Habana, otoño de 2000): 18-9.

35. Ciro Bianchi Ros, “La Quinta Avenida”, *Juventud Rebelde* (La Habana, domingo 14 de diciembre de 2008): 9.

La Rampa de los años 50 acentuó un perfil moderno de la capital con todas esas instalaciones culturales, de servicios, agencias de viajes, exhibiciones de automóviles de lujo, a lo cual se sumaban los pequeños cabarés y *boîtes*, donde se daban cita consagrados y noveles escritores, compositores, intérpretes, actores de teatro, televisión y radio, bailarines, coreógrafos, críticos, periodistas, fotógrafos, publicistas, modelos, pintores, diseñadores, hombres de negocios, población en general y turistas. Imágenes de la época en función de la publicidad destacaban sus calles y avenidas, colmadas de *night clubs*, bares, cabarés, y otros escenarios, asumidas como el nuevo modelo del cosmopolitismo y la vida moderna.

La capital cubana era una de las ciudades con mejor y más diversificada oferta recreativa del continente, y en ello tuvo mucho que ver la intensidad y diversidad de sus noches por la vida mundana que se ofrecía en los afamados cabarés y centros nocturnos de la ciudad. En la zona de La Rampa y sus alrededores, centros más “convencionales” como el hotel Saint John y su Sky Club (actual Pico Blanco), La Gruta, el Club 21, Las Vegas, el Maxim’s, entre otros, también conformaron su público. Estos escenarios, sin demasiados lujos y con un ambiente donde primaba la espontaneidad y la intimidad, impusieron el estilo de las “descargas” en las que marcó su impronta una generación de compositores e intérpretes cubanos: jazzistas, boleristas y los fundadores del movimiento *feeling*. Entre 1957 y 1958 se inauguraron en El Vedado los hoteles Capri (noviembre de 1957), Havana Riviera (diciembre de 1957), y Havana Hilton (marzo de 1958), que contaban con cabarés, y Deauville (julio de 1958), situado en Galiano y Malecón, con un escenario para espectáculos musicales de pequeño formato. Todos estaban dotados de importantes salas de juego operadas por norteamericanos.

En la periferia de la ciudad competían en lujo dos escenarios. Inaugurado en 1939, el cabaré Tropicana,³⁶ propiedad del consorcio Turística Villa Mina S. A. presidido por Martín Fox, ascendió rápidamente gracias, en buena medida, a la figura de Roderico Neyra (Rodney), coreógrafo y director artístico de las famosas producciones de los años 50, cuyos altos costos, que nada tenían que envidiar a las de los centros nocturnos de París, Montecarlo o del musical de Broadway, eran sufragados principalmente con el dinero que deja-

36. Tropicana fue construido por el arquitecto Max Borges Jr. en 1939 en los predios de la antigua residencia de Mina Pérez Chaumont, viuda de Regis de Truffin, con solo un salón, Arcos de Cristal. Luego se le añadió Bajo las Estrellas, proyecto que le valió en 1953 la Medalla de Oro del Colegio de Arquitectos a su creador.

ban los casinos, el verdadero gran negocio de estas instalaciones. Sans Souci, situado en la Avenida 51 y calle 240, en los alrededores de La Coronela, rivalizaba con Tropicana. Luigi Santo Trafficante, jefe de la familia mafiosa del estado de la Florida y segundo de Meyer Lansky en Cuba, lo adquirió en 1956, aunque no aparecía como dueño. Por su escenario pasaron importantes figuras del mundo de los espectáculos, mientras que el casino dejaba ventajosas ganancias gracias a las iniciativas empresariales de Trafficante.

Cabarés menos lujosos, y que por carecer de casinos no podían costear las grandes producciones de Tropicana o Sans Souci, contrataban a figuras de primera línea que centralizaban el show, como el Ali Bar, sitio preferido del gran Beny Moré, o El Sierra, Alloy Night Club, Night and Day, Las Vegas, Palermo, Intermezzo y el Cabaré Nacional de Prado. En el tramo comprendido entre las rotondas de las calles 112 y 120 de la 5a. Avenida, frente al Coney Island Park, bares, billares y centros nocturnos de inferior categoría conocidos como los cabarés de la Playa de Marianao (Panchín, Pompilio, Rhumba Palace, El Niche, Choricera, Los Tres Hermanos, Pennsylvania, La Taberna de Pedro) eran visitados por todas las clases sociales y ofertaban variados shows en los que también actuaban relevantes figuras, entre los que se destacaba el excéntrico percusionista Silvano Shueg, *el Chori*. En el estado de corte delictivo imperante en Cuba en los años 50, La Habana era un paraíso

[...] por la gracia del restaurante *Floridita*, por la vida de los prostíbulos, la ruleta en cada hotel, la máquina de frutas arrojando *jackpots* de dólares de plata, el Teatro Shanghai, donde por un dólar y veinticinco centavos uno podía ver un show de desnudos de extrema obscenidad, con la más melosa de las películas en los intermedios [y si se aburría era muy sencillo aspirar [...] un poco de cocaína.³⁷

Aunque la insurgencia contra Batista afectara en menor grado a los grandes hoteles y cabarés por el negocio del juego, las luces de la agitada vida nocturna habanera no alumbraban ya con la misma intensidad.³⁸ Como conse-

37. G. Greene, *Ways of Escape*, 248-9, y *Apud*, L. A. Pérez Jr., *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, 265.

38. "Los contratos para bailes durante los últimos tiempos de Batista fueron escaseando cada vez más, tanto en sociedades como en los clubes. Incluso se dio el caso de orquestas que se desintegraron ante la falta de empleo, y otras que por esta misma razón y en contra de lo habitual se acogieron a contratos fijos en cabarés, ganando casi la mitad del sueldo que cobraban por baile en otros tiempos [...] el Carnaval fue suspendido en La Habana [...] y las fiestas en las provincias del interior, que pagaban muy bien

cuencia del atentado al coronel Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) por un comando del Directorio Revolucionario, en 1957 había sido clausurado un importante centro nocturno en la zona del Vedado, el cabaré Montmartre.³⁹ Para entonces, la lucha contra el régimen de facto “legitimado” mediante elecciones en 1955 arreciaba en toda Cuba.

Los reclamos del Movimiento 26 de Julio y de la Resistencia Cívica a favor del boicot a los intentos del régimen por escamotear a la opinión pública nacional e internacional la real situación del país, la ofensiva guerrillera, el auge de la lucha clandestina y el aumento de la represión batistiana, tuvo un alto nivel de respuesta en la población capitalina, como se demostró con la ingeniosa Campaña CERO-TRES-C (Cero Cine, Cero Compras, Cero Cabaré). La ofensiva rebelde, iniciada en las montañas orientales, se extendió a lo largo del país durante el año 1958. A las 12 de la noche del 31 de diciembre de ese año, el tirano se fugó a República Dominicana. El 3 de enero de 1959, el compositor Carlos Puebla compuso una guaracha que sintetizaba la visión popular del momento: “[...] se acabó la diversión. Llegó el Comandante y mandó a parar”.

A modo de resumen se puede afirmar que con la 1a. intervención de Estados Unidos (1899-1902) quedaron establecidos los mecanismos de control político, económico y jurídico que posibilitaron introducir y extender la cultura comercial y de masas de Norteamérica en la Isla, un proceso que marchó a medida que se afianzaba el carácter dependiente del capitalismo en Cuba, fracturado a lo largo de cincuenta y siete años en diversas construcciones nativas de una modernidad periférica. Las influencias norteamericanas en Cuba fueron plurales y contradictorias, y hubo casos que no constituyeron simples imitaciones sino que devinieron apropiaciones cubanas de estilos norteamericanos, como sucedió en el deporte (béisbol, boxeo) o en la música; a la par que otros procesos de la vida cotidiana continúan siendo hoy insuficientemente estudiados.

A través de la vida nocturna habanera se aprecia que en la década de 1950, coincidente con la emergencia de la tardomodernidad en los Estados

a los músicos, brillaban por su ausencia”, afirmaba Roberto Espí, director del Conjunto Casino. Véase Adriana Orejuela, *El son no se fue de Cuba. Claves para una historia 1959-1973* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2006), 49-50.

39. El cabaré Montmartre estaba situado al final de La Rampa. A principios de los 70 fue remodelado y convertido en el Restaurant Moscú. Víctima de un incendio en los años 80, es hoy un área de parqueo.

Unidos, la capital cubana experimentó importantes cambios asociados a transformaciones urbanísticas y arquitectónicas, tecno-perceptivas de la comunicación, al movimiento de consumo e internacionalización de los mundos simbólicos desde modelos norteamericanos, y al gradual desplazamiento de las fronteras entre las culturas, cambios que incidieron en las formas de vivir la identidad por los agentes sociales.

Entre sus principales manifestaciones se observan la *espectacularidad* y el *simulacro*, principalmente en la exhibición del nuevo centro económico, cultural y recreativo, La Rampa; la disección de espacios estratégicos en los que se activó un mercado cultural en función del turismo y de la cultura del ocio y el entretenimiento, y la presencia de estilos de vida conformados desde el consumo a partir de la conversión de las comunidades urbanas en *públicos* segmentados por el mercado.

En el complejo proceso estudiado, abierto a nuevas interpretaciones y evaluaciones, la auténtica creación artística de la época, desde las reglas de juego impuestas por la hegemonía –o a través de proyectos alternativos– desempeñó un importante papel renovador, nacionalista y universal, y es un referente obligado para explicar los contradictorios imaginarios que han llegado hasta hoy día acerca de La Habana de 1950 y, en particular, de su intensa vida nocturna. ❁

Fecha de recepción: 15 de enero de 2014
Fecha de aceptación: 31 de marzo de 2014

Bibliografía

- Bianchi, Ciro. “Copelia”. *Juventud Rebelde*. La Habana, domingo 17 de agosto de 2008.
- . “La Quinta Avenida”. *Juventud Rebelde*. La Habana, domingo 14 de diciembre de 2008.
- Bracero, Josefá. *Televisión: ¿ángel o demonio?* La Habana: Ediciones en Vivo, ICRT, 2012.
- Cairo Ballester, Ana. *José Martí y la novela de la cultura cubana*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2003.
- Cirules, Enrique. *El imperio en La Habana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1999.
- . *La vida secreta de Meyer Lansky*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Santiago de Chile: Ediciones Naufragio, 1995.
- Encuentro de la cultura cubana. Homenaje a Nicolás Quintana*, No. 19. La Habana (otoño de 2000).
- Fornet, Ambrosio. *Narrar la nación*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2009.
- Gálvez, William. *Otro jinete apocalíptico. Una historia novelada de la mafia de EE. UU. en Cuba*. La Habana: Ediciones UNION, 2003.
- Guanche, Julio César, compilador. *La imaginación contra la norma*. La Habana: Ediciones La Memoria, Centro Pablo de la Torriente Brau, 2004.
- Iglesias Utset, Marial. *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*. La Habana: Ediciones UNIÓN, 2010.
- Jiménez, Guillermo. *Las empresas de Cuba. 1958*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2008.
- . *Los propietarios de Cuba. 1958*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2007.
- Morales Domínguez, Esteban. “Cuba-Estados Unidos: las esencias de una confrontación histórica”. La Habana: CESEU/Universidad de La Habana (enero de 2004).
- Orejuela, Adriana. *El son no se fue de Cuba. Claves para una historia 1959-1973*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2006.
- Pérez Jr., Louis A. *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2007.
- Pino Santos, Oscar. “El 10 de marzo o el vandalismo y la irresponsabilidad financiera en el poder”. En *Historia de Cuba. 1930-1959*. La Habana: Pueblo y Educación, 1985.
- . *Los años 50: En una Cuba que algunos añoran, otros no quieren ni recordar y los más desconocen*. Fotos Raúl Corrales. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 2001.
- Segre Roberto. *Arquitectura y urbanismo de la Revolución Cubana*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989.
- Selección de lecturas de Historia de Cuba*, tomo II. La Habana: Editora Política, 1984.
- Soteras Zambrano, María Emilia. “La Habana nocturna de los años 50 en la novela cubana contemporánea. Tres ensayos de interpretación”. Tesis de maestría, La Habana: ISA, 2009.
- Venegas Fornias, Carlos. *La urbanización de las murallas: dependencia y modernidad*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1990.
- Zanetti Lecuona, Oscar. *La República: notas sobre economía y sociedad*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2006.